

Josep-Vincent Márques

Josep-Vincent Márqués quiere hacernos reflexionar sobre el hecho de que muchas de las cosas que consideramos “**naturales**” en nuestra vida cotidiana, en realidad, no lo son. Lo que hacemos, cómo vivimos y cómo sentimos está determinado en gran medida por las estructuras sociales y culturales que nos rodean, y no tanto por nuestra biología.

Marqués señala que, aunque hay ciertos aspectos universales de la vida, como *el amor, el trabajo o el ocio, la forma en que los experimentamos y vivimos* **varía dependiendo del contexto social en el que nos encontremos**. La sociedad en la que vivimos influye en nuestras decisiones y emociones, haciendo que las prácticas que vemos como “normales” solo lo sean dentro de un marco social específico.

Para ilustrar esto, menciona el ejemplo del señor Timoneda, un personaje cuya vida refleja las convenciones de una sociedad capitalista y patriarcal. Su día a día, lleno de acciones aparentemente “normales”, está profundamente influenciado por el entorno social en el que vive. Si la sociedad fuera diferente, el señor Timoneda no sería un varón cabeza de familia, asalariado, con una esposa que cocina. Podría haber vivido de muchas otras maneras porque nada en su biología se lo impide, pero su entorno lo empuja hacia un modo de vida específico.

Este ejemplo sirve para mostrar que la forma en que vivimos está moldeada por factores externos y no por nuestra biología. Marqués quiere destacar que, aunque biológicamente podríamos vivir de muchas maneras diferentes, el entorno social y cultural nos guía hacia formas de vida específicas, que podrían ser muy distintas bajo otras circunstancias.

Lo que el autor subraya es que nuestras actividades diarias, como trabajar, amar, divertirnos, sentir emociones, no son inmutables ni determinadas por la naturaleza humana, sino que están profundamente condicionadas por el contexto social en el que nos desarrollamos. Esto nos invita a cuestionar y reconsiderar si lo que damos por “natural” es realmente inevitable, o si podría cambiar en función de otros entornos sociales o tecnologías.

Pilar Calveiro “Violencias del Estado”

Neoliberalismo y democracia restringida

Pilar Calveiro en su libro “Violencias del Estado”, explica cómo el neoliberalismo y la democracia pueden convivir, pero de una forma “rara” que ella llama “**democracia restringida**”. Esto significa que parece que hay democracia porque votamos y hay parlamentos, pero en realidad el poder está en manos de unas pocas personas (**las élites**

económicas). **La despolitización es clave en este modelo:** se vacían de contenido las instancias públicas de decisión, reduciendo el debate político a un formalismo que no cuestiona las estructuras de poder.

En este **sistema neoliberalista, las leyes y decisiones se hacen más para ayudar a las empresas grandes y a las élites económicas**, que para proteger al sector popular, especialmente a los más pobres, apartándolos a la marginalidad y a la economía informal. Calveiro argumenta que **la globalización ha facilitado esta dinámica, donde las élites económicas se involucran en el control del Estado y en la gestión de normas que regulan los recursos disponibles**. Este modelo no solo **incrementa la desigualdad**, sino que también **transforma al Estado en un instrumento al servicio de intereses corporativos**, en vez de que su función principal sea cuidar a la población.

Para mantener este modelo, Calveiro subraya que el **neoliberalismo se sostiene mediante formas de violencia directa e indirecta:**

- **Directa:** como la represión policial o militar.
- **Indirecta:** como criminalizar la pobreza, es decir, tratar a los pobres como si fueran peligrosos o culpables de su situación.

- En este sentido, el **Estado securitario introduce tecnologías de seguimiento y administración de la vida**, como plantea Foucault en su teoría del **biopoder**, para gestionar quiénes tienen acceso a derechos y recursos.

- Sin embargo, Calveiro también incorpora el concepto de **tanatopoder**, al mostrar cómo el Estado decide sobre las vidas “prescindibles” o “matables”, **legitimando la exclusión y la represión de ciertos grupos sociales**.

La **descentralización del control social** también juega un rol central en este esquema: - El poder ya no se ejerce sólo a través de las instituciones estatales tradicionales, sino mediante redes corporativas interconectadas que responden a los intereses del mercado global.

- De este modo, la globalización del mercado dirige los beneficios hacia los más poderosos, mientras que el Estado actúa como un “tribunal económico” que responde únicamente a las exigencias del capital.

En cuanto a las subjetividades, Calveiro señala que **el neoliberalismo transforma a los individuos en sujetos atomizados, competitivos y responsables de su propia exclusión**. Este modelo refuerza la lógica de que la pobreza o el fracaso son problemas **individuales**, privándolos de su dimensión estructural y social.

Finalmente, la autora describe cómo **el Estado**, bajo este paradigma, **participa en dos tipos de “guerras”:**

- la guerra contra enemigos externos (como el terrorismo)
- la guerra contra el crimen, que justifica la represión interna y el encarcelamiento masivo de los excluidos.

Así, el control social se refuerza mediante un sistema que prioriza la seguridad de las élites sobre los derechos de la mayoría. Estas dinámicas generan una violencia estructural que atraviesa a toda la sociedad, perpetuando la desigualdad y debilitando los principios democráticos.

Hobsbawm Eric “Vista panorámica del siglo XX”

El historiador Eric Hobsbawm propuso que el siglo XX no debería contarse como un período de 100 años exactos (1900-1999), sino como un periodo más breve, desde **1914 hasta 1991**. Él lo llamó “**siglo XX corto**” porque dentro de este tiempo ocurrieron los cambios más importantes y transformadores del mundo en términos de política, economía y sociedad. Es como si todo lo que realmente definió al siglo XX estuviera contenido en ese intervalo.

Las tres etapas del “siglo XX corto”

Este periodo se articula en **tres etapas** significativas que reflejan transformaciones económicas, políticas y sociales profundas:

Primera etapa: Las guerras y las crisis (1914-1945): La primera etapa abarca las dos guerras mundiales y una serie de crisis económicas y sociales. La Primera Guerra Mundial (1914-1918) no solo redibujó el mapa de Europa, sino que también marcó el fin de la era de la civilización occidental del siglo XIX, caracterizada por su confianza en el progreso y la racionalidad. La guerra desató un cataclismo que resultó en la pérdida de millones de vidas y la destrucción de vastas áreas, dejando una huella imborrable en la conciencia colectiva.

Durante este periodo, la Gran Depresión de 1929 desestabilizó las economías capitalistas más robustas y condujo a un aumento de los regímenes totalitarios en Europa, como el fascismo en Italia y el nazismo en Alemania. En respuesta a la amenaza del fascismo, se formó una alianza entre capitalistas y comunistas, evidenciada en la lucha conjunta contra Hitler. Esta colaboración, aunque efímera, subrayó la complejidad del paisaje político de la época..

Segunda etapa: La “Edad de Oro” del capitalismo (1945-1973): La segunda etapa, conocida como la “Edad de Oro” del capitalismo, se inicia con el final de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Este periodo se caracteriza por un crecimiento económico sin precedentes, la expansión del estado de bienestar y una transformación social significativa en muchas partes del mundo, especialmente en Occidente. La reconstrucción de Europa y Japón, impulsada por el Plan Marshall, facilitó el desarrollo de economías más integradas y prósperas.

Sin embargo, la Guerra Fría, que se intensifica en esta etapa, plantea una nueva dicotomía: el enfrentamiento ideológico entre capitalismo y comunismo. La Revolución Rusa de 1917, como hito fundacional, sigue influyendo en el comportamiento de las naciones, dividiendo al mundo en bloques y generando conflictos regionales que reflejan esta tensión global.

Tercera etapa: Las crisis y el fin del comunismo (1973-1991): La tercera etapa se caracteriza por una serie de crisis económicas y sociales que culminan en el colapso del comunismo en Europa del Este. La crisis del petróleo de 1973 y la posterior recesión llevaron a un cuestionamiento del modelo keynesiano que había dominado la “Edad de Oro”. La desindustrialización y la globalización comenzaron a remodelar el trabajo y la producción, generando desigualdades crecientes y descontento social.

El fin de la Guerra Fría, simbolizado por la caída del Muro de Berlín en 1989 y el desmoronamiento de la Unión Soviética en 1991, no solo marcó el fin de un sistema político, sino que también dejó un vacío de poder y un mundo desorientado. Hobsbawm argumenta que, lejos de ser el “fin de la historia”, este evento representó el final de una era agrícola y ganadera, dando paso a un mundo donde las economías nacionales se entrelazan en una “aldea global”.

El siglo XX dejó lecciones cruciales que perduran hasta hoy. A pesar de los avances tecnológicos y mejoras en las condiciones de vida, las guerras mundiales transformaron la naturaleza del conflicto. Las guerras pasaron de ser enfrentamientos entre ejércitos “civilizados” a campañas destinadas a aniquilar la infraestructura y la población enemiga. Esto refleja una evolución inquietante en la naturaleza de la guerra y sus justificaciones.

Además, el concepto de una “aldea global” emergió en este contexto, donde las comunicaciones y el transporte modernos han derribado barreras y ampliado la interconexión entre culturas y economías. Sin embargo, este avance también ha contribuido a la desintegración de los vínculos sociales tradicionales, fomentando un individualismo que ha desdibujado las conexiones intergeneracionales.

Por último, el siglo XX presenta un contraste notable con el siglo XIX, que fue visto como un periodo de progreso ininterrumpido. La experiencia del siglo XX, marcada por la guerra, el sufrimiento y la transformación, nos deja con una comprensión compleja de la historia humana y sus proyecciones futuras.

Zygmunt Bauman “Modernidad líquida”

Bauman describe la **modernidad líquida** como un estado fluido y cambiante, en contraste con las estructuras sólidas del pasado, que incluían comunidades, religiones y normas sociales rígidas. Este proceso de

“derretir los sólidos”, inspirado en el Manifiesto Comunista, implica no sólo la disolución de lo antiguo, sino también un desafío a las tradiciones que limitan el progreso y la libertad individual.

La disolución de estos sólidos permitió la creación de un nuevo orden social que, aunque emancipado de las ataduras tradicionales, a menudo produce nuevas formas de rigidez. Este fenómeno se observa en la desintegración de estructuras familiares y sociales, que, aunque transformadas, pueden volverse igual de inflexibles que las anteriores, resultando en identidades fragmentadas y una creciente individualización.

En la modernidad líquida, el control social se dispersa y se manifiesta de maneras más sutiles y fluidas. La vigilancia ya no es centralizada, como en el modelo del panóptico de Foucault; en su lugar, se ejerce a través de mecanismos que emergen del mercado, la tecnología y la cultura. Las expectativas sociales y las normas actúan sobre los individuos, quienes, en un entorno de incertidumbre, se ven presionados a adaptarse constantemente.

La élite de la modernidad líquida se caracteriza por su movilidad global, operando sin vínculos fijos a territorios específicos. Esta élite, que busca beneficios inmediatos, utiliza tecnologías avanzadas para ejercer control, reflejando las dinámicas fluidas de la sociedad contemporánea. El poder se convierte en algo menos tangible, dispersándose a través de redes en lugar de concentrarse en instituciones permanentes.

A pesar de las promesas de libertad y flexibilidad, **la modernidad líquida también produce un estado de desarraigo y ansiedad**. Las relaciones sociales son más volátiles y los vínculos familiares y laborales tienden a ser efímeros. Esto contrasta con la idea de una sociedad sólida, donde las estructuras proporcionaban un sentido de pertenencia y estabilidad. La desintegración de las viejas estructuras a menudo deja a los individuos enfrentando un vacío, sin el apoyo de grupos de referencia claros.

La separación del tiempo y el espacio en la modernidad líquida transforma estos conceptos en categorías de acción estratégica. La velocidad se convierte en un medio de dominación, y el acceso a nuevas formas de movilidad redefine las dinámicas de poder. Sin embargo, esta búsqueda de velocidad y eficiencia también genera tensiones, evidentes en la resistencia a compromisos territoriales y el uso de tecnologías avanzadas en conflictos.

Finalmente, la modernidad líquida plantea un dilema: aunque ofrece oportunidades de libertad, también da lugar a nuevas formas de control y desintegración social. **La capacidad de adaptación se convierte en una exigencia constante, y el desafío radica en encontrar formas de construir conexiones significativas en un mundo cada vez más fragmentado y efímero.**

La vida de Rico y Enrico (texto de Sennett) a partir del concepto de modernidad líquida elaborado por Bauman.

La vida de Rico y Enrico, analizada por Richard Sennett en su obra, muestra cómo la incertidumbre y la flexibilidad laboral y social impactan profundamente en las experiencias individuales, en línea con los conceptos de Bauman sobre la modernidad líquida. Ambos personajes representan a los trabajadores comunes que se ven afectados por las condiciones cambiantes de la vida moderna.

En la modernidad líquida, la inseguridad laboral es una constante: los trabajos son temporales y no ofrecen estabilidad, lo que lleva a que las personas tengan que adaptarse continuamente a nuevos entornos y relaciones. Rico y Enrico experimentan esta falta de continuidad y solidez en sus vidas laborales y personales, lo que los coloca en una situación de vulnerabilidad.

Este análisis refleja el contraste entre una época anterior, donde las estructuras sólidas ofrecían seguridad a los trabajadores, y la modernidad líquida, donde todo es temporal y transitorio, afectando no solo las condiciones económicas, sino también el sentido de identidad y propósito en la vida de las personas.

Béjar “El ámbito de lo íntimo”

Helena Béjar habla de cómo ha cambiado la idea de “privacidad” con el tiempo y qué significa para las personas. Antes, en los siglos XVIII y XIX, la privacidad era como un espacio seguro que los individuos habían ganado frente al control del Estado. Protegía tres áreas fundamentales:

- 1. la actividad económica**
- 2. la vida doméstica**
- 3. el dominio íntimo.**

Este enfoque defensivo sostenía que lo privado era un ámbito robado al poder, y se consideraba que era un lugar donde el individuo podía ser libre y crecer sin que nadie se metiera.

Sin embargo, **con la llegada de la modernidad, la esfera privada ha evolucionado**, convirtiéndose en un refugio que, aunque puede ofrecer estabilidad y seguridad, también puede llevar a la alienación y a la desconexión con la vida pública. **Béjar argumenta que este repliegue hacia lo privado no solo responde a una valoración subjetiva, sino que refleja un malestar social más amplio.** Aunque queremos tiempo para nosotros mismos, también necesitamos relacionarnos con otros y participar en cosas que afectan a todos, como la democracia.

- Este fenómeno (a vivir en lo privado), se relaciona con una sociedad más individualista y, a veces, egoísta (narcisistas), que debilitan los principios democráticos.

- La falta de participación activa en la esfera pública, hace que no haya un esfuerzo conjunto por mejorar la sociedad, convirtiendo la privacidad en un obstáculo para el compromiso colectivo.
- La cultura contemporánea ha redefinido la privacidad, alejándose de la soberanía individual que defendían los liberales; hoy, se percibe como un estado de comodidad en el que la participación pública se convierte en una tarea poco atractiva.

El individualismo moderno, que se manifiesta en la búsqueda de afectos y la introspección, puede resultar en alienación y anomía. La desconexión del ámbito público limita la participación a actos simbólicos, como el sufragio, mientras el compromiso político se percibe como un esfuerzo poco deseado. A pesar de esta tendencia, Béjar sugiere que es posible reintegrar lo íntimo con lo público, buscando nuevas formas de participación que reaviven el interés por el bienestar colectivo.

En última instancia, la privacidad, aunque esencial para el desarrollo personal, puede conducir a una existencia blanda y pasiva si el individuo se aísla de sus responsabilidades sociales. La tensión entre autonomía y dependencia es inherente a la vida moderna, y el desafío radica en equilibrar el cultivo de la individualidad con un compromiso activo en la esfera pública, para así revitalizar la democracia y fortalecer los lazos sociales.

Richard Sennet “La corrosión del carácter”

Richard Sennett, en la corrosión del carácter, describe dos épocas distintas a través de Enrico y Rico. Enrico representa una época donde los empleos eran estables, con objetivos a largo plazo y un sentido de acumulación progresiva.

Los vínculos familiares y laborales eran fuertes, y el “sueño americano” impulsaba a las personas a trabajar arduamente, con la esperanza de mejorar la vida de sus hijos. Este escenario se sostenía sobre estructuras económicas controladas por los sindicatos, el Estado de Bienestar, y empresas con jerarquías rígidas.

Por el contrario, Rico vive en una época donde prima la flexibilidad y la falta de compromiso a largo plazo, tanto en el ámbito laboral como en el personal. Esta característica del capitalismo moderno refleja lo que Zygmunt Bauman llama “modernidad líquida”, en la que las relaciones, tanto laborales como sociales, son efímeras y volátiles. Las similitudes entre ambas épocas residen en la transformación de las estructuras económicas y sociales, afectando la vida personal y profesional. Este contraste entre estabilidad y fluidez también aparece en los análisis de Helena Béjar, quien estudia cómo las relaciones personales se ven afectadas por estas dinámicas contemporáneas.

En las sociedades actuales, dominadas por el lema “nada a largo plazo”, la flexibilidad laboral y la falta de estabilidad afectan negativamente el carácter, las emociones y las relaciones familiares. La inestabilidad laboral y la constante necesidad de adaptación generan una sensación de inseguridad y ansiedad. Esto mina la capacidad de mantener vínculos fuertes y un sentido de identidad duradera.

Enrico vivió en un mundo donde la estabilidad y los objetivos a largo plazo eran fundamentales, mientras que Rico enfrenta un entorno donde el cambio constante y la falta de compromiso son la norma. Esta precariedad afecta los valores tradicionales de familia y trabajo, debilitando la capacidad de construir relaciones profundas y duraderas, como lo muestran tanto Sennett como Béjar en sus respectivos estudios.

Sennett subraya dos elementos clave para la construcción de comunidades: la confianza mutua y la dependencia recíproca. La confianza permite el desarrollo de relaciones sólidas, mientras que la interdependencia refuerza el sentido de pertenencia y apoyo en el entorno comunitario.

Sin embargo, el pronombre “nosotros” puede volverse peligroso cuando se utiliza para crear identidades excluyentes. En una sociedad donde las élites y los grupos privilegiados buscan proteger sus intereses, este “nosotros” puede ser usado para marginar a aquellos que no pertenecen al grupo, como los inmigrantes o los que dependen de la asistencia del Estado. Esta construcción del “nosotros” genera exclusión y fomenta divisiones sociales, lo cual es un riesgo latente en el capitalismo moderno. La flexibilidad que beneficia a unos pocos es vista como una amenaza para los líderes del “reino flexible”, que temen el resurgimiento de movimientos sindicales y la confrontación organizada.

El pronombre “nosotros” se vuelve peligroso cuando se utiliza para excluir a ciertos grupos sociales. En el capitalismo moderno, este “nosotros” tiende a reforzar identidades elitistas y exclusivas que marginan a los sectores vulnerables, como los inmigrantes o aquellos que dependen del Estado.

En el análisis de Helena Béjar sobre la vida privada en las sociedades modernas, también se discute cómo las estructuras económicas y sociales afectan la percepción de comunidad y pertenencia. Tanto Béjar como Sennett examinan cómo la flexibilidad laboral y la desintegración de las estructuras tradicionales afectan la estabilidad de las relaciones personales y la cohesión social. Ambos destacan cómo las dinámicas modernas, especialmente la volatilidad y la falta de compromiso, influyen negativamente en la construcción de identidades sólidas y en la vida emocional de las personas.

Enrico y Rico representan dos respuestas diferentes ante la modernidad líquida. Enrico, con su vida estable y predecible, simboliza un modelo de estabilidad tanto laboral como familiar. Su vida refleja una época en la que los trabajos eran estables y las relaciones personales, más sólidas y duraderas.

Por el contrario, Rico vive en una era de flexibilidad extrema y cambio constante. Este ambiente moderno afecta no solo su vida laboral, sino también sus relaciones familiares. Según Béjar, esta flexibilidad moderna desestabiliza las relaciones personales, afectando la capacidad de construir vínculos sólidos y de proyectar una identidad coherente. La falta de estabilidad, ya sea en el trabajo o en la vida privada, refleja una erosión de las estructuras que tradicionalmente ofrecían un sentido de pertenencia y seguridad emocional. Complemento con el concepto de tiempo y la racionalización en Sennett:

Sennett añade una dimensión importante al comparar las vidas de Enrico y Rico: la forma en que el tiempo es administrado en ambas épocas. Enrico vivió bajo una estructura de trabajo que racionalizaba el tiempo, permitiendo a las personas planificar su futuro. Aquí, se puede observar lo que Max Weber llama la “jaula de hierro”, donde las estructuras burocráticas permiten una mayor predictibilidad y control. Rico, sin embargo, experimenta una forma completamente diferente de tratar el tiempo, ya que en su entorno todo es efímero y la flexibilidad es el factor clave para el éxito.

Aunque Rico logra el éxito profesional debido a esta flexibilidad, su vida emocional y sus relaciones sufren. Sennett señala que la corrosión del carácter es una consecuencia directa de este cambio en la administración del tiempo, dejando a la deriva no solo la vida emocional, sino también la capacidad de formar una identidad sólida. Rico, a pesar de su éxito, busca enseñar a sus hijos valores que contrarresten la volatilidad de su propia experiencia: lealtad, compromiso y continuidad, cualidades que él siente que están en peligro en el mundo moderno.

Portantiero “La sociología clásica”

La sociología surge en el siglo XIX en un contexto de profundas transformaciones sociales y económicas, impulsadas por la Revolución Industrial y la consolidación del capitalismo. Estos fenómenos transformaron radicalmente las estructuras sociales, desintegrando las formas tradicionales de organización y generando nuevas tensiones entre las clases sociales emergentes. Así, la sociología se establece como una respuesta a la crisis de cohesión social, buscando entender y resolver las problemáticas derivadas de estos cambios profundos.

Antes de la consolidación de la sociología, varias disciplinas sociales abordaban aspectos de la vida social desde perspectivas distintas. La filosofía política se centraba en el poder y la legitimidad del gobierno, mientras que la economía política estudiaba la producción, distribución y consumo de bienes. La historia se enfocaba en el cambio social a lo largo del tiempo, buscando comprender las causas y consecuencias de eventos históricos. La psicología social investigaba cómo el entorno social influye en el comportamiento individual, explorando fenómenos como la conformidad y la percepción social. La sociología emergió para integrar y ampliar estos enfoques,

ofreciendo una perspectiva sistemática y coherente sobre las estructuras y procesos sociales.

Portantiero argumenta que la sociología clásica es conservadora tanto políticamente como epistemológicamente, y que se adscribe al positivismo. Políticamente, Durkheim buscaba restaurar el orden social y promover la cohesión en tiempos de cambio disruptivo, defendiendo la estabilidad frente a la modernidad. Aunque Weber era crítico del capitalismo, su enfoque analítico y descriptivo no proponía transformaciones radicales, sino una comprensión profunda de las dinámicas de poder y autoridad. Epistemológicamente, la sociología clásica se compromete con la construcción de un conocimiento sobre la sociedad basado en métodos empíricos y científicos, defendiendo la posibilidad de un conocimiento objetivo y universal, y rechazando enfoques más subjetivos o interpretativos.

Durkheim, en el contexto de una Francia que atravesaba una rápida industrialización y urbanización, **definió la sociología como la ciencia de los hechos sociales**. Estos hechos sociales, según Durkheim, **son formas de actuar, pensar y sentir que existen fuera del individuo y ejercen influencia coercitiva sobre él**. En "La división del trabajo social", Durkheim estudió cómo la especialización laboral y la diferenciación entre individuos contribuyen a la cohesión social, distinguiendo entre solidaridad mecánica y orgánica.

Su método consistía en tratar los hechos sociales como "cosas" para un análisis riguroso y empírico.

Weber, en una Alemania también caracterizada por significativos cambios sociales y económicos, **definió la sociología como el estudio de la acción social**. Su método interpretativo implicaba entender cómo los individuos atribuyen significado a sus acciones y cómo estas acciones se relacionan con las estructuras sociales más amplias. En su análisis de la ética protestante, Weber argumentó que los valores del calvinismo facilitaron el desarrollo del capitalismo moderno, mostrando cómo las creencias individuales pueden influir en las estructuras económicas y sociales.

La obra de Durkheim y Weber, aunque partía de enfoques distintos, contribuyó significativamente a la formación de la sociología como una disciplina científica y sistemática, capaz de abordar la complejidad de las sociedades modernas.

Durkheim "El hecho social"

Hecho social

Durkheim define los **hechos sociales** como las formas de comportamiento, pensamiento o sentimiento que existen fuera del individuo, es decir, son cosas que no dependen de lo que uno quiera, pero que nos afectan y nos obligan a actuar de ciertas maneras. Por

ejemplo, las normas sociales, las leyes, las costumbres o incluso el sistema educativo son hechos sociales, ya que todas las personas, incluso si no quieren, tienen que seguir esas reglas si quieren ser parte de la sociedad.

Durkheim dice que los hechos sociales son **externos** al individuo y **coercitivos**, lo que significa que nos imponen una manera de actuar. Si no seguimos estas normas, la sociedad puede castigarnos de diferentes maneras, como con el rechazo social, burlas o sanciones legales. Estos hechos sociales **trascienden la voluntad individual**, es decir, no se pueden cambiar por el deseo personal de una sola persona. Un buen ejemplo sería la educación: los estudiantes no eligen qué aprender o cómo deben comportarse en la escuela, pero las reglas están ahí para todos y tienen el poder de influir en sus acciones.

Para Durkheim, **la sociología** debe estudiar estos hechos sociales de manera objetiva, casi como si fueran fenómenos naturales, con el mismo rigor que estudiamos los hechos de la naturaleza. La idea es entender cómo la sociedad moldea la vida de los individuos y cómo las estructuras sociales, como la familia, la educación o el sistema económico, afectan nuestras acciones, aunque no las queramos.

Durkheim hace una diferencia entre dos tipos de “corrientes” en la sociedad:

1. Las corrientes sociales, que son estables y estructuradas, como las normas religiosas o el sistema educativo, y que ejercen presión sobre los individuos para que se comporten de cierta manera.

2. Las corrientes de opinión, que son más cambiantes y menos estables, como las modas o las opiniones públicas, que pueden variar rápidamente y no son tan coercitivas como las corrientes sociales.

En cuanto al control social, Durkheim explica que las **sanciones sociales** son la manera en que la sociedad asegura que las personas sigan las normas. Estas sanciones pueden ser muy suaves, como el mal juicio de los demás (desaprobación social), o muy duras, como las sanciones legales, dependiendo de la gravedad de la transgresión. La socialización (el proceso por el cual aprendemos estas normas desde pequeños, como en la familia o en la escuela) es clave para que los individuos interioricen las reglas sociales y actúen de acuerdo con ellas.

Por último, Durkheim sostiene que **el principal objeto de estudio de la sociología son los hechos sociales**, porque son estos hechos los que estructuran nuestra vida social. A diferencia de Weber, que se enfoca en el significado subjetivo de las acciones de los individuos y en cómo las personas interpretan sus propias acciones y relaciones, Durkheim cree que lo más importante es entender cómo las estructuras sociales imponen ciertos comportamientos y controlan nuestras vidas, independientemente de nuestra voluntad.

Marx Weber “La acción social”

Para Weber, la **acción social** es un comportamiento que realizamos con un propósito y que está relacionado con otras personas. Lo importante es que la persona actúe pensando en cómo su acción puede afectar o estar conectada con los demás, ya sea de manera consciente o inconsciente. Por ejemplo, si le sonríes a alguien, estás considerando que esa persona puede interpretarlo y responder, como devolverte la sonrisa.

No todas las acciones son sociales. Si haces algo sin pensar en los demás, como hablar solo, eso no sería una acción social. Lo que la hace social es que tenga un significado que involucre a otras personas o sus posibles reacciones.

Para que una acción sea considerada social según Weber, debe tener varios componentes esenciales:

- Condiciones:** Estas son las circunstancias en las que ocurre la acción. Incluyen el contexto social, cultural, económico y situacional en el que se desarrolla la acción. Estas condiciones influyen en cómo se interpreta la acción y en las opciones que el actor tiene disponibles para actuar.
- Instrumentos:** Se refiere a los medios y recursos que el actor utiliza para llevar a cabo la acción. Estos pueden incluir desde herramientas materiales, hasta habilidades, capacidades y conocimientos que le permiten alcanzar los fines deseados.
- Orientación:** Es el propósito o dirección de la acción. En la acción social, esta orientación se dirige siempre hacia otros, es decir, el actor tiene en mente las acciones o reacciones de los demás al realizar su conducta. La orientación puede ser explícita o implícita, pero lo crucial es que el actor se relacione de alguna manera con otros actores.

Lo más importante en la acción social es el sentido que le da el actor y cómo este sentido está influido por la presencia o comportamiento de otros individuos. Sin esta orientación hacia los demás, la acción sería simplemente individual y carecería de la dimensión social que Weber resalta.

Weber desarrolla **cuatro tipos ideales de acción social** que permiten clasificar las diferentes formas en que los individuos pueden orientar su conducta hacia los demás. Estos tipos son modelos conceptuales que no pretenden describir situaciones concretas, sino ofrecer herramientas para analizar la realidad social.

1. Acción racional con arreglo a fines: Es cuando alguien piensa cuidadosamente qué hacer para lograr un objetivo de la manera más eficiente. Por ejemplo, estudiar para aprobar un examen. Este tipo de acción es común en las sociedades modernas, donde la búsqueda de eficiencia y el logro de resultados concretos es valorado.

2. Acción racional con arreglo a valores: Aquí, la persona actúa porque cree en algo importante, como seguir sus principios o valores, sin importar las consecuencias. Por ejemplo, defender la justicia aunque sea difícil.

3. Acción afectiva: Esta acción está guiada por las emociones, o estados de ánimo inmediatos cómo actuar por amor, enojo o miedo. Es algo más impulsivo y menos pensado, como gritar en una discusión porque estás molesto.

4. Acción tradicional: Es cuando hacemos algo porque es una costumbre o un hábito, sin pensar mucho en por qué lo hacemos. Por ejemplo, celebrar un ritual familiar porque siempre se ha hecho así.

Para Weber, una relación social ocurre cuando al menos dos personas actúan teniendo en cuenta lo que hace o piensa la otra. Esto no significa que siempre se lleven bien o cooperen, ya que también puede haber conflictos, competencia o incluso situaciones de control entre ellos.

Lo importante no es la naturaleza o si los sentimientos entre las personas son buenos o malos, sino que sus acciones estén orientadas una hacia la otra. Por ejemplo, trabajar juntos en equipo o discutir por una diferencia de opinión son formas de relación social porque ambas personas están respondiendo a lo que hace la otra.

Carta de Marx a Annenkov

En su carta a Annenkov, Marx señala que Proudhon comete un error grave al no comprender la verdadera causa de las estructuras sociales y económicas. Según Marx, Proudhon ve los problemas de la sociedad desde una perspectiva filosófica abstracta, sin tener en cuenta las condiciones materiales que realmente las determinan. Para Marx, la economía y la organización social de un país no son algo que surja de ideas o elecciones libres de los individuos, sino que dependen de las fuerzas materiales, como los métodos de producción y distribución de los bienes.

Estas fuerzas productivas, como la tecnología, las herramientas, y la manera en que trabajamos, no las elegimos conscientemente, sino que son el resultado del desarrollo histórico. Es decir, las condiciones materiales de cada época determinan cómo las personas se organizan social y económicamente. Marx también introduce una idea clave: “Pensamos lo que pensamos porque hacemos lo que hacemos”. Esto significa que nuestras ideas y nuestras creencias están profundamente influenciadas por las formas en que producimos y distribuimos los recursos. No podemos entender cómo funciona una sociedad solo desde el punto de vista de las ideas filosóficas; debemos mirar cómo está organizada la producción y cómo las personas interactúan económicamente.

Además, Marx critica a Proudhon por pensar que algunas categorías económicas, como la división del trabajo, son eternas y universales. Proudhon ve la división del trabajo

como algo que siempre ha existido y siempre existirá de la misma manera, pero Marx responde que estas divisiones son producto de procesos históricos específicos. Por ejemplo, el trabajo no siempre estuvo dividido como lo está hoy, y en el futuro podría cambiar dependiendo de cómo evolucionen las fuerzas productivas.

También, en cuanto al monopolio y la competencia, Marx ve que ambos son fuerzas que se alimentan mutuamente y que cambian constantemente. Proudhon, sin embargo, pensaba que estas dos fuerzas se equilibran de una manera natural. Marx, en cambio, muestra que el monopolio crea competencia y viceversa, lo que genera un dinamismo continuo en la economía. No es algo estable ni armónico como pensaba Proudhon.

Marx también se opone a la idea de que categorías como la esclavitud o el crédito son eternas. Proudhon pensaba que esas categorías económicas siempre existieron y siempre existirán, pero Marx argumenta que son productos históricos que existen porque hay una necesidad en ese momento concreto de la historia. Para Marx, si se cambia la forma en que se producen las cosas, también cambiarán las relaciones sociales y las categorías económicas.

En resumen, Marx critica a Proudhon por no entender que la sociedad y su economía son el resultado de las condiciones materiales, que no son fijas ni eternas, sino cambiantes según la historia.

Sara Lifszyc “El capitalismo”

Para Marx, el capitalismo no es solo un sistema económico, sino que afecta todos los aspectos de la vida en la sociedad, incluyendo lo social, lo político y lo cultural. Él lo ve como un fenómeno integral, porque la economía, que se basa en producir mercancías y acumular capital, influye y se refleja en todo lo demás: en las instituciones, las leyes, las ideologías, y las formas de vida de las personas.

La base económica del capitalismo, que es cómo se organiza la producción y el trabajo, influye en todo lo demás, creando una “**superestructura**”. Esta superestructura incluye las instituciones jurídicas y políticas que ayudan a mantener y justificar las relaciones de producción, es decir, las formas en que los capitalistas y los trabajadores se relacionan entre sí.

Por otro lado, el concepto de plusvalía en Marx, en *el capitalismo*, puede explicarse apelando a las nociones de fuerza de trabajo y valor de cambio. Para Marx, la plusvalía es el núcleo del sistema capitalista y se refiere al valor adicional producido por los trabajadores que no se les retribuye como salario y es apropiado por el capitalista.

En el marco de este sistema, los trabajadores, formalmente libres, venden su fuerza de trabajo como mercancía en el mercado. La **fuerza de trabajo** es una mercancía

particular, ya que tiene la capacidad de generar un valor mayor al necesario para reproducirla. Su valor de cambio se determina, como el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla, lo cual en este caso corresponde al costo de vida del trabajador (alimentos, vivienda, vestimenta, etc.).

Sin embargo, la peculiaridad de la fuerza de trabajo radica en su **valor de uso**: durante la jornada laboral, el trabajador produce un valor que excede el equivalente al salario que recibe. Este excedente de valor es la **plusvalía**, que es apropiada por el capitalista sin compensación adicional. Por ejemplo, si un trabajador en una jornada laboral de ocho horas produce en cuatro horas el equivalente a su salario, las cuatro horas restantes generan plusvalía, que constituye la base de la acumulación capitalista.

Lifszyc subraya que esta dinámica de explotación está oculta bajo la apariencia de igualdad formal en el intercambio. Trabajadores y capitalistas participan en el mercado como iguales jurídicos, pero la estructura económica revela una relación asimétrica: mientras el trabajador vende su fuerza de trabajo por un valor limitado, el capitalista obtiene un beneficio continuo derivado de la plusvalía.

La producción de plusvalía no solo sustenta la acumulación de capital, sino que también organiza las relaciones sociales, políticas y culturales. Según Marx, la base económica del capitalismo condiciona una superestructura que legitima y refuerza estas relaciones de explotación, normalizando la apropiación de la plusvalía como parte del funcionamiento “natural” de la sociedad. Por lo tanto, el capitalismo configura la totalidad de la vida social en torno a esta dinámica de acumulación basada en la explotación del trabajo.

En resumen, Marx ve el capitalismo como un sistema que no solo está presente en la economía, sino que organiza todos los aspectos de la vida social, creando una estructura que mantiene las desigualdades entre los capitalistas y los trabajadores. A pesar de los cambios tecnológicos o sociales, la explotación del trabajo sigue siendo el núcleo del capitalismo y la base de sus desigualdades.

Ralph Miliband “Análisis de clases”

Ralph Miliband, en su análisis de clases, se centra en la dominación como un componente fundamental para entender la explotación en las sociedades contemporáneas. A diferencia de la concepción marxista clásica, que pone énfasis en la lucha de clases y la estructura económica, Miliband amplía el enfoque al incorporar tres elementos fundamentales que permiten la dominación:

1. Medios de producción: Controlan la generación de riqueza y la distribución de recursos.

2. Medios de administración del Estado: Instituciones y mecanismos que regulan y controlan la sociedad.

3. Medios de comunicación y consenso: Crean y difunden ideologías que legitiman y perpetúan el poder de las élites.

Mientras que en la visión marxista clásica la lucha de clases es principalmente económica, Miliband introduce el concepto de hegemonía y consenso como medios esenciales para que las élites mantengan su poder.

La élite de poder está compuesta por los líderes de grandes corporaciones y el poder estatal, y ejerce una influencia significativa a través del control de los medios de producción, la administración del Estado y los medios de comunicación. Su objetivo es mantener su dominio y reproducir sus privilegios mediante políticas que beneficien sus intereses y perpetúen su control sobre la sociedad.

Las clases dominadas, principalmente la clase obrera y, en menor medida, la clase media, sufren directamente la explotación. La clase obrera está en la base de la jerarquía social con menos poder para cambiar su situación, mientras que la clase media, aunque en una posición intermedia, está subordinada por la élite de poder y tiene una mayor influencia que la clase obrera. **Las clases medias** están en una posición entre la élite y las clases subordinadas, con cierta autonomía y capacidad de influencia, y ejercen una forma de dominación sobre la clase obrera.

En cuanto a las presiones desde arriba y presiones desde abajo, Miliband identifica dos fuerzas en juego:

- **Presión desde arriba:** Impulsada por la clase conservadora, que incluye a las élites económicas y políticas. Su estrategia se basa en mantener el orden social a través de la hegemonía cultural y política, reforzando las estructuras de poder y resistiendo cambios que puedan amenazar su posición dominante. Esto se logra a través del control de los medios de comunicación, la formulación de políticas que perpetúan el statu quo y el fortalecimiento de instituciones que apoyen su dominación.
- **Presión desde abajo:** Impulsada por las clases subordinadas que buscan transformar las estructuras de poder que las oprimen. Su estrategia incluye movilizaciones sociales, protestas y demandas de cambio para mejorar sus condiciones de vida y eliminar desigualdades, cuestionando y modificando las relaciones de poder existentes para fomentar una mayor equidad social.